

MARRUECOS Y ASTURIAS*

PUNTOS DE CONTACTO A LO LARGO DE SU HISTORIA

PERFECTO RODRIGUEZ FERNANDEZ

Les vengo a hablar desde la húmeda y verde Asturias en el litoral cantábrico; y soy consciente de que estoy hablando en una gran ciudad, privilegiada por la geografía y la historia, cuyos remotos orígenes se pierden en la nebulosa de las más grandes concepciones míticas nacidas en torno al Mediterráneo.

He escrito estas líneas con la ilusión de volver a visitar estas hermosas tierras, contemplar de nuevo las variopintas estampas del zoco de Tánger y viajar, si es posible, una vez más, a las maravillosas Mekinez y Fez.

Debo confesar que mi interés por este entorno geográfico y cultural es relativamente reciente. Surgió espontáneo con motivo de una visita turística, casi de compromiso, a los lugares más interesantes del reino de Marruecos en 1979.

Ni los fríos datos de los libros de texto del bachillerato sobre nuestra larga historia común, ni los conocimientos más profundos adquiridos en ambientes universitarios, habían logrado sensibilizarme sobre una realidad que, por poco conocida, me parecía desértica e inhóspita física y culturalmente. Recordaba, sin embargo, con agrado la lectura de libros como «Diario de un testigo de la Guerra de África» de Pedro Ruiz de Alarcón, y la agradable compañía de los amigos marroquíes que conocí en la Universidad de Salamanca.

Fue, repito, en el verano de 1979 cuando circunstancialmente tomé contacto directo con esta realidad cultural que ahora admiro tan profundamente. Mi padre había hecho el servicio militar en estas tierras allá por los años veinte, durante la dictadura del general Primo de Rivera, cuando se hallaban en régimen de protectorado español. Curiosamente, a pesar de su avanzada edad, mantenía como uno de sus grandes deseos volver a ver los lugares en los que había sufrido todo tipo de penalidades a lo largo de los tres mejores años de su juventud en medio de una contienda absurda. Sin duda, algo del hechizo de la raza mora, como diría el poeta, debió haber prendido en su alma joven para mantener vivo el recuerdo y el deseo ardiente de volver a Tetuán, Arcila, Larache y tantos y tantos lugares que pervivían en su mente. Mi deber filial era traerle a aquí.

La visita se prolongó a las grandes ciudades. De camino hacia Mekinés pudimos contemplar la vistosa carrera de la pólvora. Bajo aquellas tiendas de campaña engalanadas con policromas alfombras, grandes bronce dorados y artísticas teteras de plata,

* (Conferencia dictada en el Instituto Politécnico Español de Tánger por el autor. Tánger, 6-4-1982.)

en un manso atardecer de ensoñadora puesta de sol, pude contemplar escenas vivientes del «Aladino y la lámpara maravillosa» de mis recuerdos infantiles. Finalmente las horas vividas en la ciudad santa de Fez me produjeron la misma sensación de embrujo de nuestra Granada mora. Desde entonces ya he vuelto otra vez a pasar el estrecho y ésta es la tercera. Pueden suponer ustedes con cuánta satisfacción y alegría he aceptado la invitación de dirigirles estas palabras en el día de hoy.

Es mi propósito hacer un resumen de las vicisitudes que han vivido en común nuestros dos pueblos en medio de los más variados avatares históricos. Me refiero a las posibles conexiones o relaciones que hayan podido existir a lo largo de los tiempos y estén realmente documentadas, entre la parte norte de Marruecos y la Asturias cantábrica, es decir, entre nuestros posibles antepasados.

Hablar en sentido más amplio de las relaciones entre la Península Ibérica o España y el norte de Africa nos llevaría muy lejos y sería tanto como intentar resumir en unos minutos muchos siglos de historia o, si se quiere, la historia completa de nuestros dos pueblos. Ha sido tan grande el puente que ha tendido la historia sobre el estrecho de Gibraltar que algunos pensadores han llegado a creer que son los Pirineos y no el mar, lo que separa a Europa de Africa.

Pero, si nos concretamos a la parte norte de Marruecos y a la región asturiana en el norte de la Península, la síntesis es más sencilla por su peculiar posición geográfica, que en el caso concreto de Asturias ha impedido o retrasado, primero la romanización, y más tarde la arabización en contraste con el resto de España. La formidable Cordillera Cantábrica ha sido el filtro casi impermeable que ha dificultado la ósmosis cultural que ha enriquecido al resto de la Península Ibérica a lo largo de muchos siglos de contacto con el mundo latino y musulmán. No se olvide la tardía y casi nula romanización del territorio astur con el episodio de las guerras cantabroastures contra Roma (años 29 a 19 a. C.); y posteriormente la reacción que se producirá en el año 722 d. C. con el nuevo episodio de Covadonga que supone el comienzo de la reconquista peninsular y una permanencia muy limitada de los invasores árabes en la Asturias trasmontana.

Tiene por tanto un alto interés monográfico espigar esporádicas y puntuales situaciones de contacto que en algunos momentos, no por breves, han sido menos fecundas.

Tres son las fechas claves en torno a las que se desarrollarán las tres partes bien diferenciadas en que se divide esta disertación: año 19 a. C., final de las guerras cantabroastures contra Roma; año 722, fecha de la batalla de Covadonga y comienzo de la reconquista peninsular; y año 1936, comienzo de la guerra civil española. Conviene señalar que estos tres conflictos bélicos no son más que simples hitos o mojones de referencia, a partir de los que en unos casos, y en torno a los cuales en otros, se pueden establecer puntos de contacto evidentes de nuestro pasado histórico.

1. Es bien conocida la costumbre de los romanos de adscribir a sus ejércitos como tropas auxiliares a los indígenas de los territorios conquistados. Esto sucedió, en consecuencia, a medida que se iba produciendo la conquista de la Península Ibérica e igualmente cuando la Mauritania Tingitana pasó a ser provincia romana (1). Generalmente estas tropas eran desplazadas de sus lugares de origen a zonas periféricas de permanente conflicto en las que se había establecido un *limes*.

A partir del final de las guerras asturcántabras, con la pacificación de todo el territorio peninsular, se observa una presencia constante de astures en el ejército romano, que se va incrementando a lo largo de todo el siglo I d. C. con la formación de

cuerpos de tropas auxiliares (alas y cohortes), compuestas en sus orígenes por elementos exclusivamente astures (2). Estas unidades de tropas auxiliares astures parece que debieron comenzar a ser reclutadas, si tenemos en cuenta su elevado número de orden, en tiempos de Augusto y Tiberio (3). Los testimonios epigráficos nos las presentan muy pronto, sobre todo a partir de la época julio-claudia, asentadas en los límites fronterizos de Britania, Germania, Panonia, Dalmacia y norte de Africa, concretamente en la provincia romana de Mauritania Tingitana, actual zona norte de Marruecos.

Precisamente vamos a ver cómo en este último territorio norteafricano nos sitúa la epigrafía con absoluta precisión temporal y local los siguientes cuerpos de tropas auxiliares astures: el Ala III pía fiel de los ciudadanos romanos astures, la Cohorte III de caballería de los ciudadanos romanos astures, y la Cohorte I de astures y galaicos.

Los diplomas militares correspondientes a los años 88, 109, 114-117, 122, 156-157 y 151-160 nombran al Ala III pía fiel de los ciudadanos romanos astures como unidad auxiliar del ejército romano asentada en Mauritania Tingitana (4). Es decir, casi toda la historia de esta unidad militar, al menos la conocida, se desarrolló en esta provincia romana del norte de Africa. Aunque la primera mención es del reinado del emperador Domiciano, se puede pensar que perteneció al ejército romano de esta provincia desde poco después de la creación de la misma en el año 41 d. C., en tiempos del emperador Claudio (5).

Aparte de los diplomas militares, contamos con inscripciones de gran interés para aclarar algunos aspectos de la historia del Ala III de los astures en esta área geográfica (6). Señalaremos la más interesante de la que se puede deducir el lugar de acuartelamiento. Se trata de una inscripción funeraria aparecida en Ain Schkour, localidad situada al borde de la calzada romana del sur de la provincia mauritana, al norte de Volubilis, perteneciente a un veterano de nombre Volsieno (7): *D(is) M(ani-bus) s(acrum) | Vols(ienus) | veteranus ex de | c(uria) al(ae) As(turum) vix(it) an(nis) XL, p(ago) Dalo*. («Consagrado a los dioses manes. Volsieno, originario del pago Dalo, veterano de una decuria del ala de los astures, vivió 40 años»).

Este lugar de Ain Schkour constituyó un destacamento militar romano en las proximidades de Volubilis; y curiosamente también tenemos noticia, aparecida *in situ*, de que el pretorio de dicha localidad fue construido por otra unidad militar de componente astur: la Cohorte I de los astures y galaicos a la que nos referiremos más adelante (8): *(Ge)nio loc(i) | (F)l(avius) Neon praefectus | (c)oh(ortis) Astur(um) et Call(aecorum) | p(raetorium) per m(a) | nus commilitum a s(o)lo | composuit et fecit*. («Al genio del lugar. Flavio Neon, prefecto de la cohorte de los astures y galaicos, reconstruyó y rehizo desde sus cimientos el pretorio por medio de sus compañeros de armas»). Parece, pues, que estas dos unidades astures se hallaban de algún modo vinculadas y actuaban como auxiliares en dependencia del centro de operaciones con base en Volubilis.

Otra agrupación que aparece nombrada a partir del año 109 d. C. en casi todos los diplomas militares conservados de Mauritania Tingitana es la Cohorte III de caballería de los ciudadanos romanos astures (9). Ello no supone que no pudiese encontrarse en dicha provincia antes de esa fecha. Conocemos a un prefecto de este cuerpo de tropas auxiliares, Sexto Ticiaseno Aliano, y sabemos que era *equitata* (10). Con posterioridad es mencionada como unidad militar de guarnición en Tabernae, al noroeste de la ciudad de Lixus (11). Hay que advertir que a medida que nos alejamos del momento de constitución y primeros reclutamientos de estas unidades auxiliares se va perdiendo el componente astur aunque siguen conservando el nombre. En todo caso la fecha de

disolución o desaparición de esta agrupación hay que situarla en el siglo IV (12).

Una inscripción monumental de Volubilis datable en el año 57 d. C. nos ofrece el primer testimonio de permanencia en Mauritania Tingitana, en época de Nerón, del tercer núcleo de tropas auxiliares astures a que hemos hecho referencia: la Cohorte I de astures y galaicos (13): *Nerone Claudio Caesare Augusto Germanico, | pont(ifice) max(imo), trib(unicia) pot(estate) IIII, imperatore) III, co(n)s(ule) II, | designato) III... coh(ortis) Asturum et Cal | laecorum cui praeest)... | ... et porticu(m)...* («En tiempos de Nerón Claudio Cesar Augusto Germánico, pontífice máximo, en su cuarto poder tribunicio, siendo imperator por tercera vez, cónsul por segunda vez, cónsul designado por tercera vez... de la cohorte de los astures y galaicos, al frente de la cual se halla... y un pórtico...»).

Esta unidad, reclutada como las demás inmediatamente después de la conquista de Asturias por los romanos, debió ser trasladada ya en época de Augusto a estos territorios del norte de Africa formando parte del gran teatro de operaciones con base en Volubilis en el corazón de la Mauritania Tingitana. Es la mejor conocida de las tres con denominación astur aquí destacadas. En el epigrafe señalado vemos al final una probable referencia a la construcción de un foro y un pórtico en Volubilis. Antes la hemos mencionado estacionada en la fortaleza de Ain Schkour, también en las inmediaciones de Volubilis, construyendo un pretorio, probablemente como complemento a la actuación del Ala III de los astures allí acuartelada (14). Se trata con seguridad de una tropa de *fabri* especializada en la construcción. Nos lo confirma además una inscripción funeraria que menciona al prefecto Publio Valerio Prisco, originario de la Hispania Citerior, dándole el título de *praefectus fabrum* de la cohorte I de los astures y galaicos en Mauritania. (15): *P(ublio) Valerio P(ubli) f(ilio) Galleria tribu) Prisco urc(it)ano ex Hisp(ania) Citeriore), | praefecto) fabr(um) praefecto) coh(ortis) I Asturum et Callaec(or)um in Maur(et)ania...* («A Publio Valerio Prisco, hijo de Publio, de la tribu Galeria, originario de Urçi en la Hispania Citerior, prefecto de las construcciones, prefecto de la cohorte I de los astures y galaicos en Mauritania...»).

En cuanto a los diplomas militares, aparece esta unidad en uno correspondiente al año 109 (16); y a lo largo del siglo II es mencionada en numerosas inscripciones. A través de una de carácter funerario, encontrada también en Volubilis, conocemos a otro prefecto de este cuerpo de tropas, Nammio Materno, cuya mujer llegó a desempeñar el cargo de *flaminica* de esta ciudad mauritana (17): *Aemiliae | D(ecimi) fill(iae) Sextianae, | Viennensi, bis flaminicae, | ordo volubilitanorum | ob eximiam eius probitatem et ma | riti sui Nammi Materni praefecti) coh(ortis) | Astur(um) et Callaec(orum) merita locum | sepulchri impensam funeris | statuam et decrevit. Nammius | Maternus contentus honore | impens(am) remisit, sua pecunia pos(uit).* («A Emilia Sextina, hija de Décimo, natural de Vienna, flaminica por dos veces, el municipio de los volubilitanos a causa de su extraordinaria honradez y de los méritos de su marido, Nammio Materno, prefecto de la cohorte de los astures y galaicos, decretó que le fuesen asignados el lugar de su sepulcro y una estatua funeraria con cargo al gasto público. Nammio Materno, contento con este honor, rechazó el gasto público y lo erigió con su propio dinero.»).

Por documento epigráfico igualmente encontrado en Volubilis tenemos noticia del prefecto de astures y galaicos, Cayo Julio Longino, que, recuperada su salud, cumple una promesa al dios Frugífero, cuyo culto se había extendido por el norte de Africa durante el siglo II d. C. (18): *Frugifero | deo sancto | C(aius) Iulius Longinus | praefectus) coh(ortis) Ast(urum) et Call(aecorum) pro salute | et bona valetud(i) ne*

recuperata votum solvit l(i)vens merito). («Al dios santo Frugífero Cayo Julio Longino prefecto de la cohorte de los astures y galaicos, a causa de la recuperación de su salud y buen ánimo cumplió su voto con agrado»).

Esta Cohorte de los astures y galaicos, asentada primeramente en Ain Schkour y Volubilis, pudo haber sido trasladada en algún momento del siglo II a Thamusa, también en la provincia Mauritania Tingitana, por referencias epigráficas allí encontradas (19).

Tres diplomas militares, uno de ellos hallado en Volubilis (20) y los otros dos en Banasa (21) señalan la desmovilización desde finales del año 121 y durante todo el 122 por deseo del procurador de Mauritania Tingitana, Cecilio Rédito, de numerosas unidades de tropas auxiliares de refuerzo, quedando allí unos efectivos de 5 alas y 9 cohortes entre las que permanecían las tres de denominación astur. Hay que advertir que las cohortes eran *equitatas*, disponiendo entre sus efectivos de una gran mayoría de jinetes como medida necesaria contra la caballería mauritana tan hábil en la guerra (22).

Quizá como consecuencia del valor demostrado en la revuelta que comenzó en esta provincia hacia el año 145 (23) fue concedido a la Cohorte I de los astures y galaicos el apelativo de *civium romanorum*, y a la III de los ciudadanos romanos astures el de *pia fidelis*, según se desprende de la mención de un diploma militar correspondiente a los años 156-157 (24).

No quiero terminar esta primera parte sin señalar el hecho curioso que nos cuenta una inscripción procedente de South Shields, antigua Arbeia, en la costa oriental de Britania (25). Dice así: *D(is) M(anibus) Victoris, natione Maurus| (a)nnorum XX, libertus Numeriani, | (e)q(u)itis ala(e) I Asturum qui| pientissime pr(ose)qutus est*. («A los dioses manes de Víctor, de origen moro, de veinte años, liberto de Numeriano, jinete del ala I de los astures, a la que siguió con toda fidelidad»). Insisto en la curiosidad del hecho por la aparición de un joven mauritano en el Ala I de los astures hispanos, que no parece haber estado en ningún momento en Mauritania. Los numerosos diplomas militares e inscripciones que la nombran, incluida ésta, la sitúan en Britania (26). Una posible explicación podría ser que Numeriano, jinete del Ala I de los astures hispanos, hubiese militado antes en alguna de las tres unidades de compatriotas destacadas en Mauritania, y acompañado del joven mauritano romanizado, Víctor, pasase posteriormente a dicha unidad militar destinada en Britania. Por su fidelidad este joven moro se habría hecho acreedor, primero a la libertad, y a su muerte, al honor de la dedicatoria.

A modo de síntesis y conclusión de esta primera parte podemos decir que, a partir del final de las guerras asturcantabras (año 19 a. C.), parte del efectivo militar indígena, reclutado por Augusto entre los astures como tropas auxiliares del ejército romano, fue destinado a la provincia romana norteafricana de Mauritania Tingitana, que se constituyó como tal en tiempos del emperador Claudio (año 41 d. C.). Al ser esta una medida estratégica de Augusto, que pretendía alejar de sus reductos castreños a los belicosos astures del norte y enviarlos como tropas auxiliares a zonas periféricas de permanente conflicto, es de suponer que de la gran tribu astur, que se extendía desde el litoral cantábrico hasta el río Duero, fuesen preferentemente reclutados los *Astures transmontani* (habitantes del marco geográfico de la actual Asturias) que habían ofrecido una mayor resistencia y no eran fácilmente romanizables.

Estas unidades militares, de componente astur en un primer momento, tuvieron una presencia activa importante en la Mauritania Tingitana, parte norte del actual

Marruecos; y, entre otras actividades, participaron en la construcción de Volubilis, Ain Schkour, y otros asentamientos militares romanos en este territorio tales como Tabernae, Lixus, Thamusida, etcétera.

2. En la Alta Edad Media, en torno al año 722 en que sitúa el comienzo de la reconquista peninsular en Asturias, tiene también sus orígenes la segunda etapa de contacto entre los dos pueblos, etapa la más fecunda de todas por las consecuencias culturales de todo tipo y algunas secuelas que produjeron los sucesivos vaivenes del conflicto bélico.

Aunque la dominación musulmana en territorio asturiano fue muy efímera y seguramente no llegó a diez años, la implicación y el protagonismo del nascente reino de Asturias en el desarrollo de la Reconquista prolongará bastantes años más e incluso siglos cierta presencia de lo árabe que permitirá hablar de la existencia de minorías de origen musulmán en la sociedad asturiana medieval y su posible influencia en la etnogénesis de algunos núcleos de población asturiana (27), así como de la nada despreciable aportación que todo ello supone a la toponimia, la mitología, el arte, etcétera.

Pero hagamos antes una breve llamada a los antecedentes históricos:

Entre las dos fechas claves de 711 (batalla del Guadalete) y 722 (batalla de Covadonga), media un corto espacio de tiempo en el que toda la Península cae bajo dominio musulmán excepto algunos núcleos de resistencia en las montañas del norte. En Asturias, el más importante de todos, se refugia gran parte de la nobleza visigoda y restos del ejército vencido por los árabes (28).

Si tomamos en consideración un texto de Al Makkari, los primeros musulmanes que pisaron territorio asturiano debieron entrar hacia el año 714 acaudillados por Muza (29). Las gentes astures establecieron pactos con el invasor y así se mantuvo la situación hasta la sublevación de Covadonga. Probablemente sus relaciones de dependencia respecto a los musulmanes consistían únicamente en la obligación de pagar tributos (a esto se refiere la expresión de las crónicas *oppressione maurorum*), y en la promesa de no prestar protección a los enemigos del poder islámico. A cambio, los musulmanes reconocían cierta autonomía del gobierno de los astures que se hallaban bajo la autoridad de jefes indígenas o venidos de otros territorios de la Península, principalmente de la corte visigoda. Bien pronto aparecerá Pelayo como el caudillo indiscutible frente al poder musulmán (30). La crónica de Alfonso III en su redacción más antigua dice (31): *maxima vero pars in hanc patriam Asturiensium intraverunt sibique Pelagium, filium quondam Fafilani ducis ex semine regio, principem elegerunt*. («La mayor parte entraron en la patria astur y eligieron como jefe a Pelayo, hijo del duque Fáfila de sangre real»).

En la ciudad de Gijón residía el prefecto o gobernador moro Munuza (32): *in hac regione Asturiensium prefectus erat in civitate Ieione nomine Munuza*, que además de recaudar los impuestos era el jefe de las guarniciones musulmanas destacadas en territorio astur.

En medio de estos acontecimientos políticos, la redacción B de la crónica alfonsina nos cuenta una hermosa aventura de amor que me resisto a pasar por alto (33). Los protagonistas son precisamente el jefe moro Munuza y la hermana del caudillo cristiano Pelayo. Este había llegado a Asturias acompañado de su hermana (*cum propria sorore Asturias est ingresus*), de la que el cronista no nos dice el nombre. Munuza envía a Pelayo con una misión a Córdoba, entre otros motivos, para tener campo libre en sus

pretensiones amorosas (*ob occasionem sororis eius*), y en su ausencia logra unirse con la hermana del oponente cristiano (*Sed antequam rediret per quadam ingenium sororem illius sibi in coniugio sociavit*). La Crónica del Obispo Toledano nos aclara el medio del que se valió Munuza para lograr la posesión de la hermana de Pelayo: *Eo misso Munuza procurante quoddam liberto sibi sororem Pelagii copulavit*. Es decir, usó de los buenos oficios de un liberto. La crónica alfonsina (redacción B) declara que Pelayo, al regresar, se opuso a la unión de su hermana con Munuza (*Quod ille dum revertit nulatenus consentit*); pero agrega algo muy significativo que ya da a entender la actitud anterior de Pelayo y que no fue este episodio la causa última de la rebelión: *Set quod iam cogitaverat de salvationem ecclesie cum omni animositate agere festinavit*. («Lo que ya antes había pensado para la salvación de la Iglesia, se apresura ahora a ponerlo en práctica con mucho ánimo»).

Aunque la tradición es muy dada a mezclar hechos de este tripo con acontecimientos políticos, y suele conceder un gran protagonismo a la mujer como causa desencadenante de conflictos, recuérdese los nombres de Eva, Helena, Lavinia, Lucrecia, Virginia, etcétera, sin embargo en este caso concreto está suficientemente claro para el historiador que no fue ésta la causa del levantamiento de Asturias. Existían motivos mucho más poderosos, causas profundas de disgusto, que engendraba el antagonismo racial y religioso. Además era muy frecuente el cruzamiento entre musulmanes e hispanas, primero entre las clases aristocráticas, y luego entre el mismo pueblo.

Los árabes, a diferencia de los pueblos germánicos, no solían llevar mujeres en las invasiones, casándose la mayoría con mujeres españolas al invadir la Península Ibérica. Sabemos, por ejemplo, que Abd al-Aziz, primer valí de España, con sede en Sevilla, hijo de Muza, estaba casado con Egilona o Um Asim, viuda del rey Don Rodrigo derrotado en Guadalete (34).

A este respecto es curiosa también la referencia recogida por el historiador cordobés Abenhazan respecto a las inclinaciones amorosas de los Omeyas. Nos dice que no se casaban sino con mujeres rubias; pero no con las rubias de color subido, sino con las que tenían rubicundez pálida, amarillenta, y entre ellas incluye a Aurora la Vascongada, mujer de Alhaquen II; lo cual nos permite inferir que pertenecían a las razas que poblaban el norte de la Península; y añade a continuación: «No sé si esa preferencia por las rubias era debida a nativa inclinación de su complexión orgánica, o derivada de tradición familiar que se comunicaba de padres a hijos; lo cierto era que los Omeyas eran rubios, porque sus madres eran rubias» (35).

Volviendo a la síntesis histórica, diremos que en la historiografía actual hay una marcada tendencia a considerar el año 718 como la fecha del comienzo de la rebelión en Asturias, y el 722 como el más seguro para el episodio de Covadonga. Esta es la opinión de don Claudio Sánchez-Albornoz, admitida hoy por casi todos los historiadores (36).

Para sofocar la sublevación entraron en Asturias nuevos contingentes árabes mandados por Alcama, acaso bereber como Munuza, asistido por el obispo disidente Don Opas. Los cronistas árabes muestran una especial simpatía por un tercer personaje, el conde Don Julián, cuya maléfica influencia, aunque no participó físicamente en Asturias, es mentada por las crónicas cristianas (37).

Dejando a un lado la excesiva mitificación posterior de los hechos por los cronistas cristianos, y quedando reducidos a sus límites precisos los contingentes bélicos, tanto la historiografía cristiana como la musulmana están de acuerdo en reconocer que de aquel encuentro, de aquella escaramuza de montaña, surgirá el pequeño reino de Asturias bajo el caudillaje de Pelayo.

Con la muerte de Alcama, llegado para sofocar la rebelión, y la retirada de Munuza, gobernador de Gijón, el territorio astur quedará libre por el momento del dominio musulmán. La brevedad de esta permanencia, que se limitó, como hemos dicho, al control mínimo necesario para asegurar el cobro de los tributos, no deja huella perdurable, si exceptuamos la mitificación épica en alas de la tradición popular. Los escenarios bélicos se irán alejando paulatinamente de Asturias a partir de las intrépidas campañas del primer Alfonso (737-739), hasta que en las postrimerías del siglo VIII (años 794 y 795) las tropas expedicionarias del emir Hixem I llegaron por dos veces consecutivas al corazón mismo del reino astur, saqueando las comarcas centrales de Asturias y destruyendo la naciente ciudad de Oviedo (38). Estas razzias o incursiones esporádicas, con un rápido retorno a sus bases, tampoco dejaron una impronta en el país astur. Y a partir de estas fechas no volverán a franquear los ejércitos musulmanes los difíciles pasos de la cordillera cantábrica.

¿Es posible entonces hablar de algún tipo de presencia árabe en la Asturias trasmontana antes y después del período que acabamos de sintetizar?

Para épocas anteriores hay que decir claramente que no por falta de testimonios documentales. Antes de la invasión musulmana sería pura casualidad que algún elemento, quizá berberisco, haya podido llegar a las montañas de Asturias.

La hipótesis para explicar el origen antropológico de los Maragatos, Vaqueiros de Alzada, etcétera, pretende que los romanos reclutaron esclavos mineros entre la población sometida del norte de Africa, esclavos que podrían haber trabajado en las abundantes minas del occidente de Asturias (39). Así la semejanza étnica, que se cree encontrar entre estos grupos y los bereberes, sería debida a una influencia antigua. Está claro, sin embargo, que no existe base científica alguna para fundar esta hipótesis y que por lo tanto los que tal afirman se mueven en el terreno de la conjetura. El profesor Uría Riu, de la Universidad de Oviedo, recientemente fallecido, había aceptado con cautela esta doctrina en sus años de juventud, desechándola posteriormente con el rigor crítico de la madurez intelectual (40). Los argumentos antropológicos en este caso concreto no pueden ir mucho más allá de donde llega la documentación. Al no poseer ninguna prueba documental, por ejemplo del tipo de las que hemos ofrecido para probar la presencia de astures en la Mauritania Tingitana en época romana, carece de sentido toda especulación al respecto.

En cambio, sí podemos afirmar, porque poseemos una prueba documental muy amplia, que desde finales del siglo VIII los reyes astures, imitando a sus oponentes árabes, pusieron en práctica un fructífero sistema de explotación de sus éxitos militares: la reducción a la esclavitud de los moros vencidos en combate. Así, primero los reyes, y después la nobleza asturiana, que intervenía en la reconquista, regresaban de la meseta acompañados de estos *mauri captivi* que nutrirán los cuadros de la población servil del reino de Asturias durante los siglos IX al XII. Precisamente desde finales del siglo IX las fuentes diplomáticas comienzan a ofrecernos referencias pormenorizadas sobre esclavos de origen musulmán, citados incluso por sus propios nombres. Esta información se va haciendo más abundante y expresiva a medida que la base documental se amplía en los dos siglos inmediatamente posteriores, para decaer definitivamente en el XIII (41). Ello nos permite un conocimiento concreto de algunas minorías de origen musulmán en la sociedad asturiana altomedieval (42).

Dejando a un lado las referencias genéricas a moros, caldeos, sarracenos, hismaelitas, incrédulos, paganos, etcétera, denominaciones todas que se aplican a los musulmanes en estas fuentes, la primera mención importante de asentamientos de este tipo

en Asturias nos la da un diploma del año 976. El 14 de marzo de ese año el conde Froila Velaz y su esposa donaban a la Iglesia de San Salvador de Oviedo el monasterio de Santa María de Cartavio, entre los ríos Navia y Porcia, a orillas del mar, con todos sus bienes, heredades, villas, ganados, etcétera. Esta generosa donación incluye también varios siervos moros que habían sido hechos cautivos por el donante y se hallaban adscritos al monasterio de Cartavio: *Damus adhuc mauros qui a nobis fuerunt capti uati nominibus Mutarrafe cum filiis suis et Falafe et uxorem suam nomine Uagam com filiis suis* (43) Estos grupos de siervos y los que presumiblemente colaborarían en las faenas agrícolas de otros monasterios cercanos como Miudes (44), Mántaras (45), Santa Colomba, etcétera, explican la existencia en esta zona occidental de Asturias de topónimos menores de origen árabe sobre todo en tierras de labor pertenecientes a explotaciones agrícolas en las que debieron trabajar asiduamente (46).

La comunidad musulmana más importante de las conocidas en Asturias está documentada en la dotación fundacional del monasterio de Corias otorgada en 1044 por los condes Piniolo y Aldonza. Entre otros muchos siervos de distintas procedencias ceden al nuevo centro monástico un lote de más de cincuenta individuos, hombres y mujeres de diversas edades, «*de tribu hismaelitarum*», relacionados nominalmente y algunos de ellos con abundante prole: *Damus autem seruos istos de tribu himaelitarum: Greodo cum filiis suis, Bidia, Feliz Sampiriz cum quinque filiis, Aluarus et Columba cum VII filiis, Besculo, Fernando, Acenar, Tello Marquiz cum filiis VI. Cid Ioannis, Gosteo García, Enege, Creosa, Cid Aluariz, Xemena, Visterla cum filiis suis, Ioannis Sarrasiniz cum suo sobrino Sarrazino, Iohannis Uincentiz, Buisano et uxor eius Iuliana cum filiis suis; Martino, Gisildo, Velasquida, Cid Iohannis et uxor eius Grundia. Nepos de Piniola, Roderico, Cidi, María, Pelagius Enequiz nepo de Cromacio* (47).

Así como en la primera mención aparecían los nombres árabes, aquí ya están cristianizados, lo cual nos hace pensar que todos los componentes del grupo son ya nacidos en Asturias, conversos y descendientes de los que años antes fueron adscritos a las villas, iglesias y cenobios de Bárcena, Canero y Miudes, que pasan ahora a constituir el núcleo inicial del dominio monasterial de Corias.

A lo largo de los siglos XI y XII siguen apareciendo otros núcleos de estirpe musulmana vinculados a explotaciones agrícolas dispersas por todo el territorio astur, dependientes de la nobleza o de los grandes centros eclesiásticos.

El 13 de octubre de 1153 la famosa doña Gontrodo, amiga de Alfonso VII y madre de doña Urraca «la Asturiana», otorga la escritura fundacional del monasterio de Santa María de la Vega en las afueras de Oviedo, dotándolo con numerosas heredades, ganados y siervos. La relación nominal de éstos termina con un pequeño lote de moros y moras: *Mauros et maurus Bravim, Mohamet et Mohamet, Hali, Mariem, Axa, Fatima et Fatima, Memona, Maria Vilielmiz* (48). El predominio total de nombres árabes en esta anotación, más bien tardía, induce a pensar que aún continúan llegando a Oviedo cautivos moros de las zonas de conflicto.

Sin embargo, en el siglo XIII, a medida que se alejan definitivamente hacia el sur los escenarios bélicos, van desapareciendo las citas hasta llegar al silencio casi total. Comenzará entonces un lento proceso de integración social.

En este momento aparecen ya menciones individuales de moros más o menos integrados en su entorno social. «*Amet, moru de Martin Xira*», figura como testigo en algunos documentos ovetenses de mediados de esta centuria (49); y por la misma época el deán de la iglesia de Oviedo don Ordoño Díaz tenía al frente de un viñedo en la aldea

de Santa Eulalia de Selorio, cerca de la actual Villaviciosa, a Johan Ordoniz, «*olim sarracenus et modo iam conversus ad fidem*» (50).

Pero debemos preguntarnos ahora, ¿cuál fue en sus orígenes y cómo evolucionó posteriormente la situación de aquellos *mauri captivi* en el marco de la sociedad asturiana medieval?

En un primer momento, en los primeros siglos de la Reconquista, estos siervos moros, que conservan su nombre arábigo, tuvieron la condición de siervos personales, verdaderos esclavos, de los que se diferenciaban claramente los hombres o siervos de criazón, generalmente autóctonos, estrechamente vinculados a la tierra y de un estatus personal superior (51). Al cristianizarse posteriormente, mejorará su situación. Con la recepción del bautismo, aparte de cambiar de nombre, se les abre la posibilidad de acceder a la condición de «*homines de criatione*», desapareciendo la discriminación existente respecto a los demás siervos.

No obstante, fue largo el camino desde la entrada en cautividad hasta la plena integración social. El recuerdo de su originaria condición étnica perdurará aún durante muchas generaciones como puntualmente señalan las fuentes. Una relación de las familias serviles que trabajan en el monasterio de Mántaras en el occidente de Asturias, después de darnos la curiosa noticia de la entrada en servidumbre de un tal Nepociano por haber dado muerte a un moro de la condesa Aldonza, reproduce la genealogía de cierta María Iustiz, hija de Iusto Moniz, que era a su vez hijo de Monion Iustiz, y éste «*filio de Iusto Pinioliz, qui fuit mauro comitis Pinioli de seruiicio rual*» (52). Al cabo de cuatro generaciones nada distingue a María Iustiz, sierva del monasterio de Mántaras y bisnieta de Iusto Pinioliz, moro cristianizado, de sus compañeros de condición servil, pero permanece todavía la indicación de su originaria diversidad étnica.

Los enlaces matrimoniales siguen realizándose exclusivamente entre los miembros de una misma comunidad gentilicia, siendo esta situación de endogamia forzada la última en desaparecer. A finales de la Edad Media debió de consumarse en cierta medida el proceso de asimilación, al enlazarse siervos moros conversos con familias serviles de los lugares donde estaban destinados (53). En muchos casos, el origen étnico hubiera pasado desapercibido, si los inventarios de iglesias y monasterios no se hubieran cuidado de anotar escrupulosamente su procedencia.

El paso definitivo a una situación de ingenuidad o libertad, más o menos condicionada, fue tardío y probablemente no anterior a finales del XIII o comienzos del XIV.

Parece insinuarse cierta forma de manumisión o emancipación limitada en el caso ya mencionado de Johan Ordoniz, que se hallaba al cuidado de un viñedo en Selorio con cierta autonomía y unos sustanciosos rendimientos fijos, en dinero y en especie, que le sitúan ya fuera de las estrecheces económicas de la condición servil (54).

Llegados ya a la plena inserción social a finales de la Edad Media, como acabamos de ver, podemos ahora preguntarnos desde nuestra perspectiva actual si su presencia en Asturias es aún hoy detectable desde el punto de vista étnico; y tanto en el caso de una respuesta afirmativa como negativa, si puede observarse alguna pervivencia cultural en las tradiciones populares de Asturias.

El estado de las investigaciones antropológicas al respecto no nos permite asegurar que aquellas colonias de siervos moros tengan su reflejo étnico en determinados núcleos de población asturiana actual (55). En cambio, con más o menos fundamento histórico según los lugares, las tradiciones populares atribuyen origen musulmán a ciertos grupos sociales (Vaqueiros de Alzada, Maragatos, etcétera) en comarcas y

localidades asturleonesas tales como Somiedo, Aller, Argüello, Las Babias, el Bierzo, etcétera. A ello hay que añadir la presencia de numerosos topónimos por toda la geografía asturiana con especial incidencia en lugares que tienen atestiguada la presencia de siervos moros en época medieval: Moreda, Moriana, Moro, Morey, Moureye, Busmourisco, Llamas de Mouro, Valle del Moro, Villa de Moros, etcétera.

La invasión musulmana y el contacto entre los dos pueblos durante el largo proceso de la Reconquista peninsular, con el asentamiento en territorio astur de una importante masa servil, finalmente asimilada, ha dejado huellas profundas, por ejemplo, en la mitología asturiana. La tradición de las *Xanas* de origen céltico, tan querida y cantada por el pueblo asturiano, se ha visto enriquecida por la contaminación con leyendas árabes. La *xana* que se aparece a la orilla de una fuente la mañana de San Juan, y habita en la cueva o el castillo más cercanos, es frecuentemente una mora encantada con atuendos de princesa (57).

Dejando a un lado la cantidad de cuentos populares y fábulas de todo tipo, cuyo protagonista es un moro o una mora, quiero detenerme sólo un momento en la curiosa tradición de los tesoros ocultos.

La conciencia popular ha simplificado los hechos atribuyéndolo todo a los moros. En Asturias, y en muchos lugares de España, dícense «de moros», los tesoros y los puentes, los castillos y las torres, las cuevas y las minas, los castros e incluso las iglesias.

El aura popular cuenta que cuando salieron de Asturias los musulmanes, faltos de tiempo para escapar y de seguridad para cargar sus proverbiales riquezas, las ocultaron en cuevas y paredes, bajo tierra y bajo losas, en torreones y peñascos. Desde muy antiguo, y hasta hace muy poco, circulaban por Asturias, en alas de la ingenuidad popular, unos viejos manuscritos, llamados Gacetas, Liendas o Ayalgas, celosamente guardados por los buscadores de tesoros, que señalaban el lugar exacto del ocultamiento (58). Veamos una muestra:

- «En la puerta principal del castillo de Llamas del Moro, o Moebro, debajo del castillo mismo, a la puerta, cavarás y hallarás piedra real menuda y debajo de ella está la mayor parte de la riqueza que fue del rey moro, que vale 3.000.000 y está debajo de una losa» (59).
- «En la cuesta de los Gavitos, a 9 pies de la fuente verás tres finsos, aperebirás una señal como una mano y abajo de ésta cavando hallarás una caja de piedra, y debajo a 7 codos de hondo está un cofre de arena y dentro de él un pendón de oro todo pintado a trechos de media luna, también un estandarte de oro que tiene otras pinturas y un león así de oro; en el mismo cofre hay otro cofrecillo de plata con su llave, dentro un turbante de tela de oro de altabar y rubén, y hallarás una cruz en el mismo, que tiene en cada rosa a Mahoma» (60).
- «En término de Morcín y de los Aramos verás salir el agua por una piedra y detrás otra caliar; debajo a tres codos hallarás un gran tesoro. A la vista de la Mezquita de Tuñón hallarás nueve muríos de piedra labrada, cava en el fondero una vara, hallarás una lavana colorada, y debajo un encaje de piedra labrada y en él doce patenas de oro que fueron de la mata del rey mi padre y del gran Mahoma» (61).

3. Para señalar los posibles contactos entre los dos pueblos en la historia contemporáneas, también hemos tomado como punto de referencia un conflicto bélico, la Guerra Civil Española de 1936, que por sus antecedentes y sus consecuencias preside toda la historia de la España del siglo XX.

Al deterioro socioeconómico que llevó al desastre de 1934 (revolución de octubre) y 1936 (guerra civil), contribuyó desde muchos años atrás, incluso desde las últimas décadas del siglo anterior, entre otra larga serie de concausas, la mala política norteafricana. El Protectorado de Marruecos supuso para España una larga sangría en el orden humano y económico, que continuó hasta bien entrado el siglo XX, cuando ya habían cicatrizado las heridas coloniales que tuvieron su repercusión en la generación del 98.

Pero no es a esta larga etapa de desgaste a la que voy a referirme. Aunque se podría estudiar la participación astur a lo largo de la contienda, que el pueblo llamó sin rodeos «Guerra de África», esta participación no fue orgánica desde el punto de vista regional, sino que se enmarcaba en el sistema general de reclutamiento; es decir, no hubo cuerpos de tropas o unidades procedentes directamente de Asturias y de componente exclusivamente astur. Sin embargo la presencia en estas tierras de asturianos fue constante. Hasta hace poco era rara la familia que no podía escuchar directamente de alguno de sus antepasados las peripecias y aventuras vividas en Marruecos. Ya he contado al principio que mi padre hizo todo su servicio militar en estas tierras. Pues bien, el vecino de al lado, Francisco de la Cruz, fue de los pocos que lograron escapar del desastre de Anual, y Manuel del Mazo, que vive muy cerca, sabe contar en árabe hasta 10 y conoce muchas palabras aprendidas aquí.

Quiero hablarles en concreto, en esta última parte, de la presencia de contingentes indígenas marroquíes y de su protagonismo en la Asturias de 1934 y 1936. En el contexto de la Guerra Civil Española, Asturias fue un símbolo, apetecido por ambos contendientes y, como muy bien dijo Salvador de Madariaga (62), la breve guerra civil de Asturias en 1934 fue el preludio de la larga guerra civil de 1936 en España.

En el resultado final de la revolución de octubre y en la liberación de Oviedo dos años más tarde tienen un peso específico muy importante las tropas de Regulares reclutadas en el norte de Marruecos.

La idea de sacar tropas y efectivos de Marruecos para sofocar la revolución del 34 en Asturias fue original del general Franco, consejero a la sazón del Ministro de la Guerra y cerebro rector desde Madrid de las operaciones militares contrarrevolucionarias (63). Para controlar la situación en Cataluña y Asturias era muy peligroso desgarnecer otros puntos que podían sumarse al movimiento subversivo y por ello se pensó en las tropas de África tanto nacionales como indígenas. Así lo hizo saber el general Franco que conocía profundamente el rendimiento de esas fuerzas bien entrenadas y disciplinadas. En consecuencia, los Cuerpos o Unidades de Marruecos, que en principio se proponían para sustituir a la 2.^a División en el sur de la Península, se emplearon directamente sobre Barcelona y Asturias. Sobre ésta se enviaron desde Ceuta un Batallón de Cazadores, dos Banderas del Tercio y un Tabor de Regulares. Desde Melilla salieron para Barcelona un Batallón de Cazadores y una Bandera del Tercio, que pasarían también posteriormente a Asturias (64).

El Tercio y los Regulares llegan a Gijón por mar el 10 de octubre. Se ponen a las órdenes del Teniente Coronel Yagüe. El día 12, ya cerca de Oviedo, recibe nuevos efectivos procedentes de África: la 5.^a Bandera del Tercio y un Tabor de Regulares.

La entrada en Oviedo de las tropas Regulares indígenas el día 13 es descrita paso a paso y minuto a minuto por un testigo presencial cualificado: Don Aurelio de



Cementerio moro de Lúcar

Llano: (65). «Día 13. —...El general Ochoa trazó para hoy este plan: cercar Oviedo. Alcubilla avanzará por la derecha con su Bandera, dos compañías de Regulares y una sección de ametralladoras. Ramajos, por la izquierda con la quinta Bandera, una compañía de Regulares y una sección de ametralladoras... Los Regulares van en vanguardia... Los revolucionarios reciben a las tropas con nutrido fuego. A la derecha de la columna está el monte Naranco, entre cuyo bosque hay centenares de rojos disparando intensamente sobre ella. Llegan los Regulartes a la cárcel modelo... Los Regulares están delante de la cárcel... Yagüe, a la cabeza de los Regulares, va a tomar la estación del ferrocarril... Veo a Yagüe entrar con varios oficiales en el vestíbulo de un chalet situado junto a la iglesia. Y veo aparecer por aquel sitio el Tabor de Regulares. Se aperciben de esto las personas de la casa donde me hallo, y comienzan a gritar a los vecinos de enfrente:

—¡Los moros, los moros! ¡Allí vienen los moros!

¡Qué cosas ocurren en la historia! ¡Quién se lo hubiera dicho a Pelayo!.. Los Regulares forman en vanguardia. De avanzada va un moro con el estandarte del Tabor enhiesto. Los vecinos, al ver entrar por la calle de Uría esta insignia inesperada, se echan a la calle vitoreando al Ejército, a Yagüe, a todos los salvadores de Oviedo. Oigo los aplausos que les tributan. Los legionarios pasan cantando la canción de la Legión:

Soy valiente y leal legionario.

soy soldado de brava legión...

...Estoy en mi atalaya mirando con los prismáticos hacia la estación del Norte, y de pronto oigo gritar a varios vecinos en la calle:

¡No tiren! ¡No disparen!

Vuelvo la cabeza, y abajo, a ochenta metros de mí, detrás de la verja del hospital, veo a dos moros apuntándome con el fusil, y me dicen que baje, que me llama el teniente coronel Yagüe. Bajé. Y un morazo, armado de fusil, me llevó ante el jefe, que estaba a la puerta del hospital rodeado de los médicos, todos conocidos míos... Confieso que, cuando vi a los moros apuntarme con el fusil, tuve bastante miedo.»

Liberado Oviedo, el día 17 se encomienda a las tropas de Africa la recuperación de la Fábrica de Cañones de Trubia. Esta vez el testigo en tono más poético nos describe el avance:

«A la izquierda, próximo a la carretera, se alza el monte de la Medina, por entre cuyos helechos y aulagas trepan los moros, destacándose la blancura de sus turbantes sobre la vegetación dorada por el sol otoñal...»

Finalmente, al rendirse los revolucionarios de las cuencas mineras, se pactó que las tropas de Regulares irían en retaguardia, sin disparar un solo tiro. Así sucedió y así terminaba la revolución de Asturias, que había durado quince días.

Fue un ensayo de la gran tragedia que dos años más tarde tendría un escenario mucho más amplio. La historia reservó el mismo papel, nada secundario por cierto, a las tropas, tanto neccionales como indígenas, procedentes de Marruecos. La participación, en proporción a la magnitud del nuevo conflicto fue mucho mayor. El General Franco, que a partir de estos momentos regiría los destinos de España durante casi cuarenta años, fue nuevamente el que concedió ese gran protagonismo a las tropas de Regulares marroquíes en Asturias. Contaba además con la experiencia del 34.

A partir del día 4 de octubre de 1936 comienzan a llegar por la parte occidental de Asturias con las columnas gallegas diversos cuerpos de tropas indígenas marroquíes que tienen como misión liberar Oviedo, que se halla asediada y a punto de sucumbir igual que sucedía por las mismas fechas de 1934.

El día 4 llega a Grado la 3.^a Bandera de la Legión y a la Cabruñana el III Tabor de Regulares de Ceuta. Ambos operarían en adelante juntos y formando parte de la columna Tejeiro. El 11 llega al frente el IV Tabor de Regulares de Ceuta; el 16, al Escamplero el IV Tabor de Larache, y el 17, a tiempo de combatir, y entrar en Oviedo, el IV Tabor de Melilla. Intervienen también en las operaciones el IV Tabor de Tetuán, el IV Tabor de Alhucemas y dos Tabores de la Mehal-la (66). En vanguardia marchan las fuerzas del Tercio y Regulares.

El 17, por la mañana, una columna de tropas indígenas, al mando del comandante Gallego, pasa el río Nora y ocupa, loma a loma, la sierra del Naranco, que domina por completo la ciudad de Oviedo. Pero dejemos que hable la crónica militar (67): «El 17, a la una de la madrugada y con una intensa niebla, salió del cruce del Escamplero un Tabor de Regulares, mandado por el bravísimo comandante señor Gallego. Estas fuerzas iban con el propósito de ocupar posiciones en el Naranco que hicieran factible y con menos sangre la llegada a Oviedo de las Columnas. No llevaban más armas que los fusiles... En medio de gran silencio atravesaron el río Nora por Quintas, subiendo luego por la cañada del Rebollar... Después de cuatro horas de ascensión peligrosísima, fueron coronadas las alturas de las Ceellinas, La Roza, Alto de la Vara y Pico Paisano sin encontrar enemigo... Coronada la cumbre del Naranco, quedaba ya expedito el camino hacia Oviedo, que, ¡al fin!, y después de tres meses de cerco, iba a ser liberado. Los rojos, que tenían sus cuarteles en los sanatorios del Centro Asturiano, en cuanto vieron en la cúspide del Naranco a los moros, desaparecieron como por encanto.»

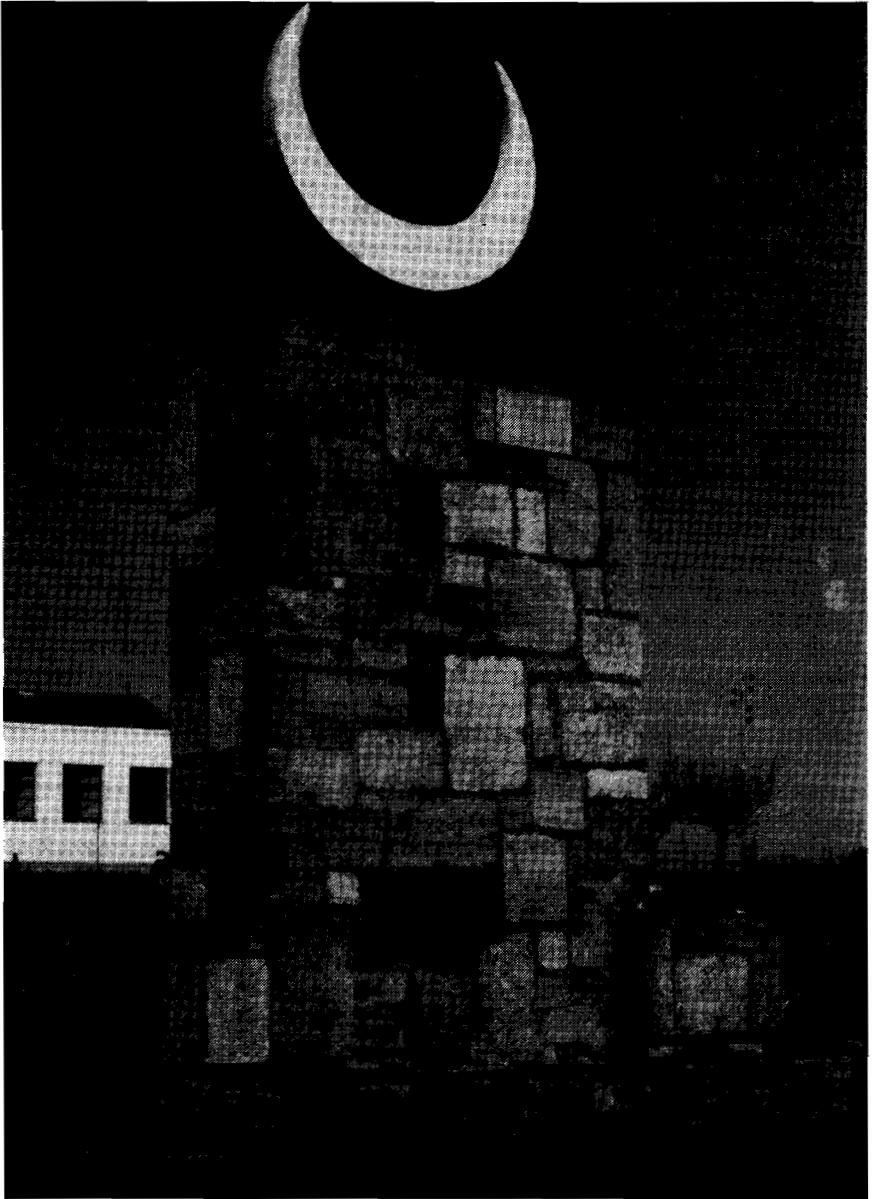
Veamos desde la perspectiva de los sitiados el recibimiento que se les tributa. Tenemos también un testigo de excepción que lo cuenta así (68): «La gente se había echado a la calle, olvidada de todo peligro, como en un día de fiesta.. Y de pronto, al mediodía, un clamor loco de alegría: “¡Los Regulares en lo alto del Naranco!” ¿Sería posible? Sí, sí. La noticia había saltado a la calle desde el piso alto de la Diputación. En una de aquellas dependencias, donde por la noche tiritaban de frío los muchachos de Falange que hacían centinela, había unos aparatos topográficos... por cuyos anteojos, aunque dieran la imagen invertida, se habían visto claramente unos morazos que agitaban sus chilabas al pasar por encima de ellos los aviones de España. “¡Los Regulares, los Regulares!”’. Se les veía en el Pico del Paisano, y por el Boquerón de Brañes —decían algunos, que no sé si lo veían o se lo figuraban—. “No cesan de asomar tropas nuestras”.’»

El teniente coronel Tejeiro hacía su entrada en la capital cerca de las nueve de la noche del sábado con doscientos hombres y, un poco más tarde, el Tabor de Melilla n.º 4. Así se produce el encuentro con los sitiados según nuestro testigo: «(Los soldados) eran besados, abrazados, apretujados, llevados en volandas por la gente que corría a su encuentro. No sé cómo aquella noche no se partió de gozo el corazón a los que tanto habíamos sufrido en la ciudad sitiada» (69).

¡Quién se lo hubiera dicho a Pelayo!, podríamos repetir ahora con don Aurelio de Llano.

El levantamiento del asedio de Oviedo supuso un duro golpe a la moral de los sitiadores, y puede decirse que causó gran impacto en toda la zona republicana. La capital asturiana se había constituido en un símbolo con un gran contenido psicológico y social desde la revolución del 34. Como tal era codiciada por ambos bandos.

Puede asegurarse que el levantamiento del sitio de Oviedo no hubiera sido posible sin la llegada al teatro de operaciones de tropas indígenas marroquíes y peninsulares procedentes de Africa. El socorro a Oviedo, aparte de la repercusión psicológica en el



Monumento del Naranco a las tropas marroquíes.

desarrollo de la contienda, representó una de las más audaces operaciones de nuestra guerra civil.

Asturias dio sepultura con todos los honores a los caídos de las tropas indígenas marroquíes en un cementerio habilitado al efecto en las cercanías de Luarca, hoy llamado «cementerio de los moros», que aún conserva cierto sabor árabe.

La ciudad de Oviedo, en señal de agradecimiento, erigió un monumento en la cumbre del monte Naranco como homenaje a las tropas marroquíes y a la memoria del teniente coronel Gallego que las mandaba. Dice así:

«En memoria del heroico teniente coronel D. Rafael Gallego Sainz.

Como homenaje a las bravas fuerzas de Marruecos que encumbradas en el Naranco fueron para Oviedo el mensajero glorioso de su liberación el 17-10-1936.»

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) A. Balil, *Un factor difusor la de la romanización: las tropas hispanas al servicio de Roma* (siglos III-I a. C.). «Emerita», XXIV, 1956, pp. 108 ss.; A. García Bellido, *Los auxiliares hispanos en los ejércitos romanos de ocupación (200-30 a. C.)*. «Emerita», XXXI, 1963, pp. 213 ss.; J. M. Roldán, *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua*. Salamanca, 1974; idem, *El ejército romano y la romanización de la Península Ibérica*. «Hist. Ant.», VI, 1976, pp. 125 ss.; N. Santos, *Los celtiberos en el ejército romano de época republicana*. «Celtiberia», XL, 1980; y *Los lusitanos en los ejércitos romanos de la República*. «Bracara Augusta», XXIV, 1980.
- Por lo que se refiere a la Mauritania Tingitana: D. Fishwick, *The Annexation of Mauretania*. «Historia», XX, 1971, pp. 467 ss.; M. Roxan, *The Auxilia of Mauretania Tingitana*. «Latomus», XXXII, 1973, pp. 845 ss. Como estudio más general: R. Cagnat, *L'Armée romaine d'Afrique et l'occupation militaire de l'Afrique sous les empereurs*. 2.^a ed., París, 1913.
- (2) A. Balil, *Alas y cohortes astures en el ejército romano*. - *Libro homenaje al Conde de la Vega del Sella*, Oviedo, 1956, I, pp. 299 ss.; F. Diego Santos, *Alas y cohortes de los astures*. «Bol. Comisión Provincial de Monumentos de Oviedo», I, 1957, pp. 97-112; N. Santos, *Las alas astures en el ejército romano*. «Bol. del Inst. de Est. Asturianos», núm. 98, 1979, pp. 643-673; idem, *Las cohortes astures en el ejército romano de época imperial*, ibidem, núm. 99, 1980, pp. 295-321; y *El ejército romano y la romanización de los astures*. Oviedo, 1981.
- (3) N. Santos, *El ejército romano*... p. 124.
- (4) CIL, XVI, 159, 161, 170, 181, 182 y «L'An. Epig.» (A. E.), 1960, núm. 103.
- (5) D. Fishwick, *The Annexation*... pp. 467 ss.
- (6) A. E., 1953, núm. 41; CIL, XI, 3007; ILS, 2542; CIL, VIII, 9990; ILS, 1352; A. E., 1975, núm. 408.
- (7) A. E., 1953, núm. 41.
- (8) CIL, VIII, 21820; ILS, 9175; A. E., 1966, núm. 605; ILM (*Inscriptions Latines du Maroc*), 43.
- (9) Diplomas militares de los años 109, 114-117, 122, 129-132, 156-157 y 151-160. CIL, XVI, 165, 169, 170, 173, 181, 182. A. E., 1960, núm. 103.
- (10) CIL, XI, 4371; ILS, 6631.
- (11) N. Santos, *op. cit.*, p. 177.
- (12) *Papiri Greci e Latini*. «Publ. della Società Italiana», IV, 300.
- (13) L. Chatelain, *Inscriptions latines du Maroc*, París, 1942, núm. 58. Sobre algunos problemas que plantea esta agrupación. cf.: H. van der Weerd y S. J. de Laet, *La cohors Asturum et Callaecorum et la cohors I Asturum et Callaecorum*. «Hommages Bidez-Cumont», Bruselas, 1949, pp. 347-352.
- (14) Cf. *supra*, nota 8.
- (15) A. E., 1974, núm. 226.
- (16) CIL, XVI, 161.
- (17) A. E., 1916, núm. 91.
- (18) A. E., 1955, núm. 208.
- (19) A. E., 1934, núm. 45.
- (20) L. Chatelain y R. Thouvenot, *Diplôme militaire trouvé à Volubilis (Maroc)*. «Comptes rendus de l'Accademie des Inscriptions et Belles Lettres», 1942, pp. 141-145; A. E., 1942-1943, núm. 83b; y H. Nesselhaus, *Zur Militärgeschichte der Provinz Mauretania Tingitana*. «Epigraphica», XII, 1950, pp. 34 ss.
- (21) R. Thouvenot, *Un diplôme militaire trouvé à Banasa (Maroc)*. CRAI, 1934, pp. 12-19; A. E., 1934, núm. 98; y *Autre diplôme militaire trouvé à Banasa (Maroc)*, CRAI, 1942, pp. 171-179; A. E., 1942-1943, núm. 84.
- (22) Cf. *supra*, nota 11.
- (23) N. Santos, *op. cit.*, p. 197.
- (24) CIL, XVI, 182. A. Balil, *Tres aspectos de las relaciones hispano-africanas en época romana*, I, «Congresos Arqueol. del Marruecos Español», Tetuán, 1955 pp. 387 ss.; M. Rachet, *Rome et les Berbères*, Bruselas, 1970, pp. 153-154; y P. Romanelli, *Storia delle province romane dell'Africa*, Roma, 1957, pp. 301 ss.
- (25) The Roman Inscriptions of Britain, (RIB), 1064; *Ephem. Epigr.*, 1002.
- (26) Diplomas correspondientes a los años 114-117, 122, 124, 135 y 145-146; CIL, XVI, 43, 69, 70, 82 y 93. Inscripciones: CIL, VI, 3539; ILS, 2730; CIL, XIII, 2613; ILS, 2509; CIL, II, 1086; ILS, 2710; CIL, VII, 513; RIB, 1337; etc.
- (27) J. Uria Riu, *Notas para la antropología de Asturias. Sobre la posible influencia de los pueblos musulmanes en la etnogénesis de algunos núcleos de la población asturiana*. «Bol. del Centr. de Est. Ast.» núm. 1, 1924, pp. 54-65; idem, *Notas para el estudio del mozarabismo en Asturias*. «Rev. de la Universidad de Oviedo», mayo-agosto 1947, pp. 5-23. J. I. Ruiz de la Peña, *Siervos moros en la Asturias medieval*. «Asturiensia Medievalia», Oviedo, núm. 3, 1969, pp. 139-161.
- (28) Conviene en ello tanto los cronistas cristianos como los árabes. La crónica alfonsina (redacción A) dice: *Sed qui ex semine regio remanserunt, quidam ex illis Franciam petierunt... maxima vero pars in hanc patriam Asturiensium intraverunt... A. Ballesteros Beretta, La batalla de Covadonga*. «Est. sobre la Monarquía Asturiana», Oviedo, 1971, pp. 43-87. El mejor especialista en este tema es C. Sánchez-Albornoz, *Orígenes de la nación española. El reino de Asturias*, t. II, Oviedo, 1974, enteramente dedicado a los orígenes de la Reconquista.
- (29) A. Ballesteros, *op. cit.*, p. 45.
- (30) C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 9 ss.
- (31) Jan Prelog, *Die Chronik Alfons III. Untersuchung und kritische Edition der vier Redaktionen*. Frankfurt, 1980, p. 18.
- (32) J. Prelog, *op. cit.*, p. 19.
- (33) A. Ballesteros, *op. cit.*, p. 60; y Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 11.
- (34) Sánchez-Albornoz, *op. cit.*, p. 11 ss.
- (35) D. Julián Ribera, *Discurso de recepción en la Real Academia Española*, Madrid, 1912, p. 16. Cf. Uria Riu, *Notas para la antropología de Asturias*... p. 55. También M. Antón Ferrándiz, *Razas y tribus de Marruecos*, Madrid, 1903.
- (36) C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 23 ss.